

VIDAS UNIVERSITARIAS

SOCIOLOGIA

Un nuevo sentido de realidad

El dilema de lo humano en lo social

/ Francisco Letelier

Índice

6 A modo de presentación

14 Parte uno: Lo humano y lo social

El emprendedor no deja al Principito hablando solo
Los quince millones de años que la sociología olvida
Un teléfono inteligente sin internet ¿sigue siendo inteligente?

El origen cultural del malestar psicológico

34 Parte dos: Lo humano y lo comunitario

Una casa no es un techo
Lo importante siempre estuvo ahí
La esfera invisible
Pensar desde lo comunitario

64 Parte tres: ¿La revolución verdadera?

Preguntas y existencia

La espiritualidad como campo de disputa

El viaje ha comenzado

83 A modo de cierre

Pies en la tierra y cabeza en los pies

89 Referencias

A modo de presentación

Preguntas que reclaman respuestas

Cuando tenía catorce años descubrí a Anthony de Mello, un sacerdote jesuita indio que escribía sobre el encuentro entre cristianismo y budismo. Me impresionó la libertad con que se movía entre filosofías, espiritualidades y creencias de oriente y occidente. Una de las ideas que más me hizo sentido fue la de «desprogramación». Esta consiste en que la sociedad nos programa para que deseemos ciertas cosas y respondamos de cierta manera al fracaso, al éxito, a los halagos o las ofensas. Muy pocas veces nuestra acción es libre, casi siempre está condicionada, y la tarea de la espiritualidad consiste en reconocer esos condicionamientos. De Mello denomina a eso el «despertar». De acuerdo a esta manera de entender la espiritualidad, los individuos tendríamos la capacidad de actuar sin estar sujetos a los condicionamientos sociales y culturales y, de este modo, podríamos vivir una vida más libre. En su libro *El Canto del Pájaro* relata la siguiente historia:

Le preguntaron al maestro:

—¿qué es la espiritualidad?

—La espiritualidad —respondió— es lo que consigue proporcionar al hombre su transformación interior.

—Pero si yo aplico los métodos tradicionales que nos han transmitido los Maestros, ¿no es eso espiritualidad?

—No será espiritualidad si no cumple para ti esa función. Una manta ya no es una manta si no te da calor

—¿De modo que la espiritualidad cambia?

—Las personas cambian y también sus necesidades. De modo que lo que en otro tiempo fue espiritualidad ya no lo es. Lo que muchas veces pasa por espiritualidad no es más que la constancia escrita de métodos pasados.

Más tarde, estudiando sociología, mi pensamiento cambió. Asumí que el problema no estaba en la manera en que experimentamos la realidad, sino en cuestiones como la injusticia, la desigualdad o el autoritarismo. El que nosotros nos transformáramos no era lo importante.

Adopté una perspectiva sociológica para analizar la realidad y mi propia experiencia. Esto es muy útil cuando se quiere problematizar la manera habitual en que vemos y definimos las cosas. La sociología posee un componente crítico y liberador de gran poder, sin embargo, tiene limitaciones. Como ciencia, recorta la realidad, establece adentro y afueras, incluye y excluye fenómenos, experiencias y hechos.

Recuerdo con claridad lo que nos decía nuestro profesor de epistemología —la rama de la filosofía que se ocupa de la forma en que conocemos el mundo—: «la ciencia presupone la realidad sin ninguna duda». Claro, para ser un científico es necesario no poner en cuestión

que existe una realidad que investigar. El problema es que usualmente no nos hacemos preguntas sobre la realidad misma y la asumimos como nos enseñaron a hacerlo.

Reivindicando la pregunta sobre qué es la realidad, el llamado giro ontológico propone que existe una multiplicidad de realidades, cada una con diferentes propiedades y especificidades. Estas no existen de manera independiente de los seres que la componen y tampoco son una mera construcción social. Son una propiedad emergente, es decir, la suma de los atributos que resultan de la constante interacción de los actores humanos y no humanos que la componen. Así, la realidad no es simplemente observable, sino constituida por medio de prácticas específicas, por lo tanto, distintas prácticas posibilitan la emergencia de diferentes realidades.

Nuestro mundo se afirma en un conjunto de presuposiciones acerca de las propiedades que les atribuimos a los seres, incluyéndonos a nosotros mismos. Esto significa que detrás de cada acción hay una presuposición ontológica. Por ejemplo, presuponemos que los animales no sienten, que los árboles no tienen conciencia y actuamos en consecuencia. ¿Qué implicaría para un humano asumir como verdad que los seres que mata y come diariamente son seres como él, con conciencia, con una cultura? Hay supuestos acerca de la realidad que no queremos poner en duda.

En *Matrix* —tetralogía de películas de ciencia ficción escrita y dirigida por las hermanas Wachowski—, después de una gran guerra casi todos los seres humanos han sido esclavizados por las máquinas y las inteligencias artificiales. Los tienen en suspensión y con sus mentes conectadas a una realidad virtual llamada Matrix. Son usados por las máquinas para obtener energía, como baterías, y los humanos que no

están prisioneros o que han sido liberados viven en la ciudad de Zion, tienen naves que se mueven por el subsuelo y entran de forma clandestina a la Matrix para liberar a otros. El protagonista, Thomas Anderson —Neo—, vive atrapado, pero a diferencia de otros, él siente que algo no está bien. Tiene la intuición de que existe algo más, que la realidad no es lo que aparenta ser. Es esa duda la que le permite conectar primero con Trinity y luego con Morfeo, quienes lo ayudarán a salir de la Matrix y comenzar a vivir en el mundo real. Morfeo, en su primer encuentro, le dice a un desconfiado Neo:

—Te explicaré por qué estás aquí. Estás porque sabes algo. Aunque lo que sabes no lo puedes explicar. Pero lo percibes. Ha sido así durante toda tu vida. Algo no funciona en el mundo. No sabes lo que es, pero ahí está como una astilla clavada en tu mente y te está enloqueciendo. Esa sensación te ha traído hasta mí ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—¿De Matrix?

—¿Te gustaría saber lo que es? Matrix nos rodea. Está por todas partes incluso ahora, en esta misma habitación. Puedes verla si miras por la ventana o al encender la televisión. Puedes sentirla, cuando vas a trabajar, cuando vas a la iglesia, cuando pagas tus impuestos. Es el mundo que ha sido puesto ante tus ojos para ocultarte la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que eres un esclavo, Neo. Igual que los demás, naciste en cautiverio, naciste en una prisión que no puedes ni oler ni saborear ni tocar. Una prisión para tu mente. (...) Por desgracia no se puede explicar lo que es Matrix. Has de verla con tus propios ojos. Esta es tu última oportunidad. Después, ya no podrás echarte atrás. Si tomas la pastilla azul fin de la historia: despertarás en tu cama y crearás lo que quieras creerte. Si tomas la roja, te quedas en el

País de las Maravillas y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera de conejos. Recuerda: lo único que te ofrezco es la verdad. Nada más.

Cuestionarse la realidad de vez en cuando es algo necesario. Sin embargo, para la sociología que conocí en mis años de estudiante, las preguntas acerca de la naturaleza de la realidad social no eran bien vistas. «Lo social se explica por lo social» era la consigna, con lo cual el diálogo con la psicología, la biología, la ecología o la filosofía se hacía a regañadientes y siempre desde una posición de superioridad. ¿Qué papel podría haber tenido en esa sociología lo que hoy entendemos por complejidad humana o transformación interior? Recuerdo bien un episodio en que un intelectual de renombre nacional dijo irónicamente respecto a las teorías del biólogo Humberto Maturana: «si él se mete con lo social nosotros explicaremos sociológicamente cómo los espermatozoides deciden quién llega a fecundar el óvulo».

Lo irónico de esta categórica defensa de la disciplina es que investigaciones recientes están mostrando que la fecundación no es un proceso aleatorio, sino uno en el que participan activamente tanto el óvulo como los espermatozoides. Durante mucho tiempo se creía que el óvulo actuaba de manera secundaria en el proceso de fecundación. Sin embargo, se ha demostrado que este hace una determinada selección de espermatozoides a fin de permitir solo el ingreso del más apto. La célula sexual femenina no es dócil y sumisa en el proceso de reproducción. Pero hay más. Científicos del Instituto de Tecnología de Massachusetts descubrieron que en vez de nadar en línea recta y a modo de competencia, los espermatozoides lo hacen en espiral y en equipo. Buscan las zonas donde la corriente es más lenta. Más que una carrera desesperada de todos contra todos, nadan más bien como un pelotón de ciclistas

para aumentar en conjunto las probabilidades de fertilización. Tal vez ahora, el sociólogo que criticó a Maturana, tenga más interés en analizar el proceso de fecundación.

Hace algunos años me mudé a Barcelona para hacer estudios de doctorado. El tiempo que me otorgó la beca me dio la posibilidad no solo de terminar mis estudios en geografía humana, sino también de reflexionar sobre mis convicciones y creencias. Me di cuenta de que mi experiencia de juventud con las espiritualidades orientales, mi acercamiento familiar a la cultura y espiritualidad cristiana, mi interés en el problema de la mente y la conciencia, entre muchas otras vivencias, abrieron una puerta que nunca se cerró. Detrás de esa puerta había una pregunta que me ha acompañado todos estos años: ¿Puede la transformación social hacerse exclusivamente cambiando las estructuras o se precisa también un cambio interior? Si los modos de percibir la realidad son condicionados por las mismas estructuras que queremos cambiar, ¿se necesita entonces un conocimiento nuevo para iniciar la transformación? ¿Tal vez, una forma de conocer distinta a la razón moderna occidental, reduccionista y mecanicista?

El psicoanalista suizo Carl Gustav Jung hablaba de intuición, que definía como la inteligencia del inconsciente. El sociólogo colombiano Orlando Fals Borda lo llama «sentipensar», que sería el encuentro intencionalmente consciente entre sentimiento y razón. Edgar Morin lo nombra como «pensamiento complejo», uno que busca integrar y globalizar, religando las partes al todo, el todo a las partes y las partes entre sí. Reconociendo, eso sí, la imposibilidad de conocer el todo.

Desde que comencé la universidad, y sin ser muy consciente de ello, he venido afirmando un cierto tipo de saber, un lenguaje y un conocimiento: el científico. Pero junto a este camino principal, pavimentado,

conocido, seguro, había otro, uno pequeño y descuidado. Un sendero tan lleno de hierbas que a veces ni siquiera podía ver. Esto produjo que otros intereses y búsquedas fueran quedado en las sombras. Pero como dice el psicoanalista francés Jacques Lacan, «lo que ha sido rechazado en el interior reaparece en el exterior, [...] lo que ha sido suprimido en la idea reaparece en lo Real». Así, preguntas que por muchos años permanecieron silenciadas vuelven reclamando respuestas: ¿podemos transformar la sociedad sin transformarnos nosotros mismos? ¿Cómo se articula la lucha por justicia social con la búsqueda liberación interior? ¿Existe lo humano más allá de lo social? ¿Qué es la espiritualidad y qué papel tiene en la transformación civilizatoria que precisamos hacer?